

LAS CONTRADICCIONES CULTURALES DE NEWT GINGRICH

DANIEL BELL

TRADUCCIÓN DE GUILLERMO SHERIDAN



Newt Gingrich, el nuevo presidente de la cámara de representantes de los Estados Unidos, ha galvanizado la política norteamericana. Por primera vez en cuarenta años, hay una mayoría del Partido Republicano en ambas cámaras del congreso. Gingrich ha prometido un "Contrato con Estados Unidos" que sería puesto en marcha en el curso de los primeros cien días de sesiones del congreso. Más aún, ha anunciado con grandilocuencia que él y otros líderes republicanos "repensarían la estructura toda de la sociedad norteamericana, así como la estructura del gobierno norteamericano". Se entiende que Gingrich llame a la atención.

Gingrich suma valores familiares tradicionales a una espiritualidad "nueva era" y a un ciber-lenguaje tecnológico, y luego lo malabarea todo con agilidad mental y locuacidad. Y aún así, esto suscita la atracción inmediata, aunque cautelosa, de un amplio segmento de la población norteamericana. ¿Cómo explicarlo?

Hay tres facetas en los orígenes del pensamiento de Gingrich y en su atractivo:

1) Su populismo. Gingrich viene de un pequeño pueblo de Georgia, estado que desde hace tiempo es la sede de un populismo (radical a principios de siglo) que fue expresado por Tom Watson y los Herman Talmadge (padre e hijo). Ese populismo alguna vez se dirigió contra los banqueros del norte del país, pero el hilo que llega hasta nuestros días es un anti-elitismo resentido y una desconfianza básica frente a la cultura de la modernidad que encomiaba al arte abstracto, la poesía complicada y el cosmopolitismo de los estilos de vida liberales.

2) La sociología "viaje a las estrellas" del gurú Alvin Toffler, cuya interpretación de la historia como un tren expreso que cruza tan velozmente que si uno no la atrapa al vuelo corre el riesgo de perder su butaca en "el futuro".

3) Una estilo bonachón, una resortera verbal ávida de ventilar sus prejuicios abiertamente, que recuerda a Archie Bunker, aquel personaje de la televisión que desafiaba los convencionalismos y los buenos modales que suelen atenuar las expresiones de hostilidad abiertas. Quienes le abrieron el camino a Gingrich en este sentido son Rush Limbaugh¹ y otros conductores de

programas televisivos que han propiciado esta suerte de ventilación pública de lo desagradable.

Exploremos estos ingredientes un poco más.

El populismo norteamericano fue un movimiento finisecular de granjeros que se sentían explotados por los intereses que cobraban los banqueros cada vez que tenían que pedir prestado para la temporada de siembra; por los ferrocarriles que transportaban sus productos a precios exorbitantes, y por los monopolios corporativos que les cobraban altos precios por el equipo para sus granjas. El grito original del populismo exigía una reglamentación gubernamental contra esos monopolios, apoyo gubernamental a la electrificación rural, electricidad barata y, en tiempos del "New Deal", protección contra las hipotecas que amenazaban con quitarles sus propiedades.

En la zona del medio oeste, los populistas se hicieron notables entre los progresistas republicanos como los senadores George W. Norris, de Nebraska, y William E. Borah, de Idaho. En la zona del sur, lo hicieron por medio de algunos miembros reaccionarios del Partido Demócrata, como el congresista John Elliott Rankin, de Mississippi (patrocinador de la electricidad barata en la Compañía del Valle de Tennessee), y el senador Theodore Bilbo, anti-semita y racista. Las contradicciones del populismo fueron puestas en evidencia por William Jennings Bryan, candidato radical por el Partido Demócrata a la presidencia en 1896, que tronaba contra "las cruces de oro" en las que se crucificaba a los granjeros, así como por el "Juicio Scopes" de 1924, que defendió las teorías creacionistas contra la teoría de la evolución.

Buena parte del pensamiento populista se expresaba por medio de "teorías de conspiración" que denunciaban a diversas fuerzas oscuras de manipular los precios de los productos del campo (nunca suponía que podía deberse a cuestiones de mercado). Así como el ensayista inglés William Cobbett había despotricado contra "La Cosa" en el siglo diecinueve, el populismo denunciaba a "Wall Street" y más tarde a "La avenida Madison". La retórica de las "teorías de conspiración" continúa hoy en día, apuntada contra "los medios masivos de comunicación" o "los liberales", como si éstas fueran entidades monolíticas.

Detrás de todo esto hay un grado visceral de resentimiento que ahora se dirige contra "los intelectuales", y que se expresa por boca de hombres que desde siempre se han sentido despreciados por la élite intelectual. Gingrich estudió en la Universidad Emory de Georgia y en la escuela de graduados de la Universidad Tulane, en Nueva Orleans, ambas de primera categoría. Estando en Tulane escribió, de manera inexplicable, por sugerencia de un profesor, una tesis de doctorado sobre la educación en el Congo Belga, un tema al que nunca volvió a prestar atención. Enseñó historia y geografía de los Estados Unidos durante ocho años en West Georgia College, una universidad ubicada en el pueblo de Carrolltown, y después de ingresar a la Cámara de Representantes, dictó conferencias en Kennesaw State College, una universidad cercana a la ciudad de Atlanta, que se transmitían por satélite a otras veinticinco universidades del país.

Ya elegido presidente, Gingrich escogió para el puesto de historiador de la Cámara de Representantes a una politóloga de Kennesaw State llamada Christina Jeffrey, que fue rápidamente despedida cuando se supo que había criticado el programa de una materia sobre el Holocausto, en una escuela preparatoria, porque no daba cuenta de los puntos de vista que sobre el tema tenían los nazis y el Ku Kux Klan. Como su historiador personal, Gingrich designó a su mejor amigo y camarada intelectual, Stephan Hauser, un profesor retirado de West Georgia College, que alguna vez declaró sarcásticamente al *Wall Street Journal*: "Mire, mi falta de credenciales está en orden: no tengo nada que ver con las universidades de Harvard, Yale, Princeton o Stanford; ni con las cadenas televisivas ABC, CBS o NBC; ni con los periódicos *The New York Times* o *Wall Street Journal*, ni con nada que tenga que ver con ustedes, los dinosaurios de las élites desacreditadas..."

Gingrich mismo comparte, visceralmente, estos sentimientos anti-elitistas, y sin embargo ha asumido un paquete de ideas que deriva quintaesencialmente de Yale o de Harvard. Su mentor en este sentido es Alvin Toffler, un periodista cuyo libro *La tercera ola* es una vasta simplificación de teorías sociológicas con más de veinte años de antigüedad, pero presentadas en una prosa acelerada que lo deja a uno sin aliento.²

Veamos el cuadro que el señor Toffler presenta hoy del futuro apocalipsis que agita al presente: "una marea poderosa recorre hoy buena parte del mundo... Los sistemas de valores se estrellan y astillan mientras que los botes salvavidas de la familia, la iglesia y el Estado hacen agua... La humanidad se enfrenta a la necesidad de dar un salto cuántico hacia adelante. Se enfrenta a los más serios revuelos sociales y a la reestructuración creativa más grave de todos los tiempos... Una nueva civilización emerge frente a nosotros mientras los ciegos de todas partes se confabulan para su-

primirla... La nueva civilización, al retar a la anterior, derribará burocracias, reducirá el papel de la nación-Estado y propiciará economías semi-autónomas en el mundo post-imperialista... La civilización de la tercera ola comienza a salvar la brecha histórica entre el productor y el consumidor, dando origen a las economías *prosumidoras* del mañana."

Una de las dificultades de tratar de mantener la cabeza por encima del estruendo de la prosa de Toffler, consiste en averiguar qué es exactamente aquello de lo que esta "tercera ola" se trata, más allá del hecho de que trascienda las civilizaciones agrarias e industriales del pasado. El problema radica en la presentación de "civilización" y de "sociedad" en términos sinópticos, como si se tratara de totalidades unificadas que girasen por completo en la cresta de la ola. De ser así efectivamente, uno se pregunta cómo se podría explicar la persistencia de las grandes religiones históricas como el budismo, el confucionismo, al shintoísmo, el hinduismo, el judaísmo, el cristianismo o el islamismo a lo largo de los milenios, mientras que los imperios se derrumban, los órdenes políticos se desintegran y los sistemas económicos se deterioran. El cambio social no es, ni puede ser, uniforme; la metáfora de la ola es húmeda y engañosa.

El argumento, si es que lo es, se basa necesariamente en nuevas tecnologías propiciadoras de la producción sistematizada, la democracia electrónica y cosas así. Estas nuevas tecnologías pueden ser potencialidades, pero no son desde luego fuerzas irresistibles que sobrepasen las estructuras y valores sociales. La tecnología es, antes que nada, instrumental, y su adopción o rechazo necesariamente deriva de los valores que se desea defender o acrecentar. Los fundadores de la democracia norteamericana, por ejemplo, entendieron correctamente los peligros de la "democracia instantánea", pues temían la volatilidad de las tomas de decisión instantáneas. Y cuando el señor Toffler, por ejemplo, declara que el mando de la mayoría es obsoleto y que debe ceder su sitio al "poder de la minoría". ¿Lo apoyará el señor Gingrich? El "poder de la minoría" es toda una consigna sobre el uso del poder como algo que permita evadir los problemas relacionados con las coaliciones o con los cuellos de botella jurídicos en las tomas de decisión del poder legislativo.

Pero la última ironía, quizá, consiste en que los requerimientos de una sociedad basada en la informática, que exige de la población una mayor capacidad de articulación verbal y numeral, fortalecen el papel de la élite intelectual. Las industrias de la "tercera ola" (computación, telecomunicaciones) derivan de la codificación de conocimiento teórico (teoría cuántica en física; biología molecular en genética) que es generado por la investigación de las grandes universidades del país, no por universidades como Kennesaw State (que sólo

remedan a aquellas). Esto quiere decir que si el señor Gingrich quiere de veras deslizarse sobre la "tercera ola", debería elegir con más cuidado.

Permítaseme pasar de la retórica a la realidad. No hay duda de que la clase media norteamericana se encuentra enmarañada y abrumada por preocupaciones que quizá no se habían manifestado antes. Hay una estadística que habla por sí sola. Durante la recesión de 1991-1993, más del 45% de los desempleados eran trabajadores de saco y corbata,³ el doble de los que hubo en la recesión de diez años antes. El desplome de la compañía IBM, la disminución de las corporaciones, el traslado del empleo gerencial e ingenieril a nuevas compañías pertenecientes a grupos, no ofrece ya a esos trabajadores de saco y corbata una seguridad que antes se creía inviolable.

Gingrich y los republicanos han tocado una cuerda en el electorado que consiste en poner énfasis sobre dos temas resonantes: contra el Estado benefactor, la sociedad de las oportunidades; contra un gobierno que otorga y regala, la responsabilidad personal. Los medios para llevar a la realidad estos objetivos consistirían en reducir el tamaño del gobierno, utilizar nuevas tecnologías, acabar con los programas de beneficencia y entregar de nuevo la operación gubernamental a los estados de la Unión.

Si se me permite, voy a separar la atención que se otorga a Newt Gingrich como individuo de los problemas institucionales de la sociedad. Hay pocas dudas sobre el hecho de que la burocracia ha devenido una carga y de que la uniformidad en los programas de gobierno no suele responder a la variedad y a las necesidades de las instituciones locales. Pero el simple refrán de la "devolución del poder a los estados" ignora el hecho sobresaliente de que tal decisión podría crear un lío peor al de un programa nacional reciclado. Los Estados Unidos son cincuenta estados cuyos tamaños y formas tienen escasa relación con los requerimientos funcionales o regionales de las diferentes zonas. Tenemos estados tan pequeños como Delaware y Rhode Island, y tan grandes como Texas, en donde la distancia de un lado al otro —digamos de Brownsville a Texarkana— es similar a la que hay entre Bruselas y Moscú. Y ¿qué tiene en común la orilla atlántica de la ciudad de Nueva York con las costas de los Grandes Lagos de Buffalo en el oeste? Si uno se asombra de los nudos que se forman en el Congreso, imagine un futuro en el que eso se multiplique por cincuenta.

La responsabilidad personal es condición necesaria de una verdadera sociedad civil. Como escribió Aristóteles en su *Política* hace dos mil años, la dignidad y

autoestima de la persona son condiciones para su participación equitativa entre los ciudadanos de una comunidad que se autogobierna. Pero esa responsabilidad personal radica en la posesión de un empleo y, en ese caso, es el empleo de tiempo completo, y no la privación de la beneficencia, lo que podría considerarse prioritario en una sociedad justa.

La visión que tiene el señor Gingrich de los Estados Unidos es la de muchas pequeñas comunidades unidas por redes de comunicación. Y sin embargo esa visión debe abarcar también la realidad de una economía mundial en la que los flujos volátiles de capital, los valores monetarios y los mercados de artículos de consumo, así como los enormes flujos demográficos de trabajadores desplazados, inundan a todos los países.

En pos de una referencia realista basta regresar al "New Deal" de Franklin D. Roosevelt. Para varios ideólogos se trataba ya de "socialismo disimulado" o bien de un "apuntalamiento del capitalismo". Sea cual sea la verdad de esas visiones parciales, ignoran el hecho institucional de que de 1900 a 1930 los Estados Unidos se convirtieron en una economía de carácter nacional frente a la que no había un poder político equivalente que lidiara con esas fuerzas naturales (los estados de la federación eran insuficientes). Lo que hizo el "New Deal" fue crear las instituciones políticas nacionales —como la Comisión de Valores y Cambios para regular los mercados financieros, o la Junta Nacional de Relaciones Laborales que supervisaba los contratos colectivos— que permitieron a la sociedad funcionar de manera más eficaz.

Lo que se necesita hoy son estructuras realistas, en todos los niveles del gobierno y de la economía, que sean capaces de enfrentar los problemas que surgen del cambio tecnológico. Los problemas consisten en hallar la escala apropiada: qué es lo que legítimamente pertenece a las comunidades locales, qué a los estados, qué a las organizaciones regionales (que pueden, necesariamente, poseer un carácter interestatal) y qué al gobierno nacional a la hora de establecer los estándares adecuados para las operaciones descentralizadas. Este es el trabajo arduo de inteligencia que necesita emprenderse, no las quimeras de los gurús del señor Gingrich.

NOTAS

¹ Rush Limbaugh preside un programa diario de televisión en el que hostiliza ferozmente al presidente Bill Clinton y a su gabinete con su republicanismo radical (T.).

² Otro libro del señor Toffler, *El shock del futuro*, tuvo cierto éxito en México en la década de los setentas (T.).

³ White-collar workers. ■